

## MORA EN LAS «ESTAMPAS TOLEDANAS» DE FÉLIX URABAYEN (1928 Y 1930)

Periodística y literaria a partes iguales viene a ser la visión de Mora que ofrecen dos textos que merecen nuestra atención. Llegaron, como luego veremos, a los morachos de hace un siglo, y bueno es que lleguen también a los morachos de hoy. Se trata de dos de las *Estampas toledanas* de Félix Urabayen, quien muestra en ellas, a la par de su escritura excelente, un notable conocimiento de nuestra villa. Las publicó en los *Folletones de «El Sol»*, una serie de éxito que el periódico de este nombre publicó a lo largo de veinte años, de 1917 a 1936.

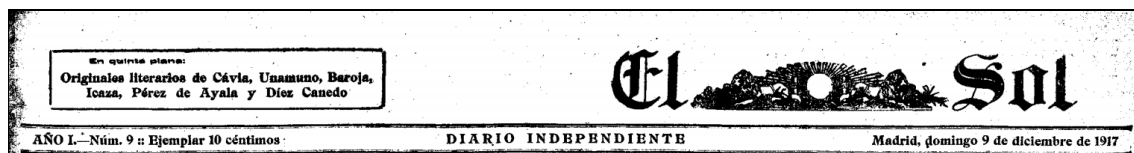


Félix Urabayen en 1931  
(Miguel Urabayen, Los folletones en «El Sol» de Félix Urabayen)

### 1. El diario *El Sol*

Fue *El Sol* un influyente diario madrileño, de ideología liberal, que apareció entre el 1.º de diciembre de 1917 y el 27 de marzo de 1939, casi un cuarto de siglo que abarca desde los últimos meses de la Gran Guerra hasta el final de la Guerra Civil Española. Fue testigo, pues, de ambas contiendas, de los *felices años veinte*, la Dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República Española, y llegó a convertirse en uno de los principales diarios españoles y europeos.

Fundado por el ingeniero y empresario Nicolás María de Urgoiti (1869-1951), director de La Papelera Española, tuvo en José Ortega y Gasset (1883-1955) a su inspirador ideológico y principal colaborador, en una nómina que incluyó a figuras como las de Salvador de Madariaga (1886-1978), Corpus Barga (1887-1975), Lorenzo Luzuriaga (1889-1959), Ramón J. Sender (1901-1982) y el ilustrador Luis Bagaría (1882-1940).



*Cabecera de El Sol en uno de sus primeros números*

## 2. Los Folletones de «El Sol»

Digamos de entrada que el término *folletón* (del francés *feuilleton*, diminutivo de *feuille*, 'hoja, página'), frecuentemente con intención despectiva, viene a ser una variante del más común *folletín*, «sección fija y coleccionable de un periódico en la que se publicaban por entregas textos dedicados a asuntos ajenos a la actualidad, generalmente novelas o ensayos». La especie se había iniciado en Francia en los años treinta del siglo XIX, en la época romántica, y si bien dio lugar por lo general a obras de escaso rigor artístico, acabó ganando para la literatura auténticas masas de lectores de las capas populares. Así sucede con las novelas de algunos de los cultivadores más célebres del género, como Eugène Sue (1804-1857), Charles-Paul de Kock (1793-1871), Paul Féval (1816-1887) y quizá incluso de Alejandro Dumas (1802-1870), o, en España, de Wenceslao Ayguals de Izco (1801-1873), Manuel Fernández y González (1821-1888) o Enrique Pérez Escrich (1829-1887). No obstante, el éxito de la fórmula —periodístico, pero también económico— comportará que, andando el tiempo, grandes escritores se acojan a ella en toda Europa, casos de Victor Hugo, Balzac o Flaubert en Francia; Dostoiévski y Tolstoi en Rusia; Dickens en Inglaterra, o Galdós en España.

Los citados *Folletones* se inician en el diario madrileño desde su primer número bajo el epígrafe *Folletín de «El Sol»*, en la última página, que acoge novelas de aventuras, habituales en este género, hasta octubre de 1918, cuando da entrada al rótulo de *Folletón de «El Sol»*, que alternará con el anterior hasta que ambos acaben siendo sustituidos, en el segundo semestre de 1920, por el definitivo de *Folletones de «El Sol»*.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> El último *Folletón* que registramos aparece el 27 de junio de 1920, y el primer *Folletones*, el 9 de enero de 1921, pero en la colección de la Biblioteca Nacional faltan los ejemplares que van del 30 de junio de 1920 al 5 de enero de 1921. De ahí nuestra falta de precisión.

Estos *Folletones de «El Sol»* apenas si dieron cabida a la novela para centrarse en el ensayo. No constituían una sección fija y regular, sino que solían aparecer una vez a la semana en días diferentes. Ocupaban la parte inferior de una de las páginas del periódico —generalmente la segunda o tercera— en toda su anchura, pero distribuida no en ocho columnas —como el resto del periódico—, sino en cinco, para resaltar el texto.

La sección irá perdiendo presencia en los años de la República, hasta desaparecer a lo largo de 1933 y 1934, regresar en 1935 y reactivarse en 1936, para cesar definitivamente a finales de julio de este año 36, tras el levantamiento de Franco, en un período en que el diario acusará importantes modificaciones a caballo de las circunstancias: pasará, en ciertos números, de las ocho habituales a cuatro y hasta dos páginas; se convertirá en mayo de 1937 en «Diario de la mañana del Partido Comunista de España», y en junio de 1938, en «Órgano de expresión de la Democracia Nacional».

La nómina de autores que publicaron en los *Folletones* es tan nutrida como valiosa, y acoge a no pocos de los principales escritores de aquella época. Aquí publicó Ortega y Gasset capítulos de *La deshumanización del arte*, *Ideas sobre la novela* y *La rebelión de las masas*; Valle-Inclán, *Divinas palabras*, *La corte de los milagros*, *Viva mi dueño* y *Vísperas septembrinas*; y escritos diversos, Gregorio Marañón, Eduardo Marquina, Gabriel Miró, Ramón Pérez de Ayala, Rafael Alberti, Pablo Neruda y un largo etcétera.

### 3. Los *Folletones* de Félix Urabayen

En *El Sol*, Urabayen publicó 84 folletones a lo largo de más de 11 años, desde «Soneto de égloga», el 15 de abril de 1925, hasta «La última escopeta negra», el 16 de julio de 1936, que es, por cierto, una de las últimas entregas de estos folletones, que se cierran una semana más tarde con «Alrededor de la poesía de Antonio Machado», de Enrique Azcoaga. Se reparten de manera desigual a lo largo de estos años, con la excepción de 1934 y 1935, en que no publica ninguno, oscilando entre los tres de 1932 y los 15 de 1928, cuando aparece el dedicado a Mora.<sup>2</sup>

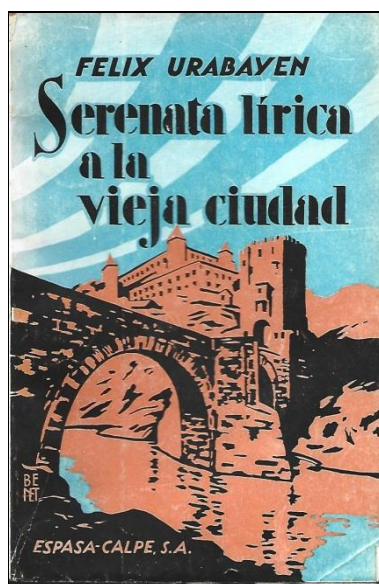
Con muy pocas excepciones, los folletones de nuestro autor se agrupan en series: *Vidas difícilmente ejemplares* (4 textos), *Sugerencias y comentarios* (4), *Estampas del camino* (7), *Estampas de mi raza* (14), y, sobre todo, *Estampas toledanas*, que engloba nada menos que 52 textos, entre ellos los dos que reproduciremos aquí.

Los más de estos folletones, casi siempre descriptivos, fueron recogidos en cuatro libros de ensayos: de atrás adelante, *Estampas del camino* (1934), *Vidas difícilmente*

---

<sup>2</sup> Miguel Urabayen, sobrino del autor, dedicó al tema su monografía *Los folletones en «El Sol» de Félix Urabayen*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1983.

*ejemplares* (1930), *Por los senderos del mundo creyente* (1928) y *Serenata lírica a la vieja ciudad* (1928), dividido este en dos partes: «Melodía urbana», con siete estampas dedicadas a la ciudad de Toledo, y «Melodía rural», con diez estampas sobre diversos pueblos de la provincia, la penúltima de las cuales, «Hacia Consuegra; preludio en la carretera...», es la que veremos a continuación.



Cubierta de *Serenata lírica a la vieja ciudad* (1928)

#### 4. Félix Urabayen: nota biográfica

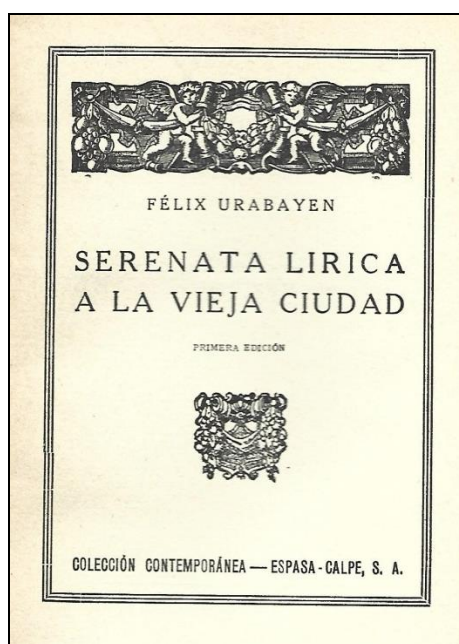
Félix Urabayen Guindo nació en Ulzurrun (Navarra) en 1883, en el seno de una familia humilde. Tras concluir los estudios de Magisterio y enseñar luego como maestro interino en varios pueblos navarros, aprobó varias oposiciones que le llevaron sucesivamente a Huesca, Salamanca, Castellón y finalmente en 1911 a la Escuela Superior de Maestros de Toledo. Aquí ejerció hasta 1936, desde 1931 como director de la Escuela Normal del Magisterio, se casó e inició y desarrolló su carrera literaria.

Sus inquietudes políticas le llevaron a Acción Republicana, luego Izquierda Republicana, formación con la que concurrió a las elecciones generales de febrero de 1936 en el tercer lugar de la candidatura del Frente Popular por Toledo, con la que quedó cerca de obtener el escaño.

Refugiado en Alicante en los años de la guerra, cuando regresaba a Toledo en mayo de 1939 fue detenido y encarcelado en Conde de Toreno, donde compartió celda con Miguel Hernández y Antonio Buero Vallejo. Fue liberado en noviembre de 1940 tras ser declarado enfermo incurable al diagnosticársele un cáncer de pulmón, a consecuencia del cual fallecería en Madrid el 8 de febrero de 1943.

Aparte los libros de ensayos antes citados, Urabayen cultivó sobre todo la novela, con títulos como *La última cigüeña* (1921) y *Tras de trotera, santera* (1932). De ellos destacan los relatos de temática toledana y navarra: de un lado, *Toledo: piedad* (1921), *Toledo la despojada* (1924) y *Don Amor volvió a Toledo* (1936), y de otro, *El barrio maldito* (1924), *Centauros del Pirineo* (1928) y *Bajo los robles navarros* (1965, póstuma).

La crítica ha destacado en Urabayen su pensamiento liberal y su tendencia reformista envueltos en una prosa brillante y amena, llena de humor e ironía, en la que pesa más su talento para las descripciones, cargadas de lirismo y simbolismo, que para la construcción de los personajes y de las tramas narrativas.



Portada de *Serenata lírica a la vieja ciudad* (1928)

## 5. Mora en dos de las *Estampas toledanas* de Félix Urabayen

Lo hasta aquí expuesto nos sirve para abordar con cierto conocimiento de causa las dos *Estampas toledanas* de Urabayen consagradas en buena medida a Mora. La primera, como indicábamos, se titula «Hacia Consuegra; preludio en la carretera...», y aparece el 16 de marzo de 1928.<sup>3</sup> Dice así:

Altas rocas, montañas diáfanas, verdes tierras de labor, armazones de castillos, ruinas olvidadas entre suave penumbra arbórea, caminitos que se pierden en la montuosa hondonada... De todo hay en el paisaje, y a buen seguro que con tales elementos y un poco de agua el romántico Heine habría visto surgir la cabellera maravillosa de una gret-

<sup>3</sup> [El Sol, XII, 3.313, 16-III-1928, p. 6.](#)

*chen* sirena.<sup>4</sup> Desdichadamente, no somos poetas y apenas si acertamos a relacionar en todo el camino los duros y pelados peñascos con la agria calva de un filósofo o de un zapatero de portal, testas en España homólogas...

No toda la culpa es nuestra. Los paisajes castellanos hay que verlos desde lejos; la retina tiene que irse acostumbrando a la delicia planiforme que ha conseguido trocar el roble y la encina por el olivo y la vid. Aquí la osamenta se encuentra desnuda; en el Norte está siempre engalanada con una piel juvenil, verdeazulada, cariciosa. Allí el trabajo del hombre apenas se aprecia en las huertas; aquí, la sabana entera y hasta algún trozo de roca aparecen arañados con tenacidad de hormiga.<sup>5</sup> Todo el romanticismo del campo vasco, siempre lloroso, melancólico y tristón, se ha hecho en Castilla vientre realista, duro, práctico, tenaz. Allí está el idilio; aquí, la fecundidad.

Y, no obstante, por estas tierras supo caminar guapamente don Quijote. ¿Fue acaso hondura y no ironía la ocurrencia de Cervantes? En todo el recocado paisaje de la Mancha Alta hay caudales inmensos de agua subterránea. Basta ahondar un par de metros en cualquier parte para que surja un pozo. Y acaso Cervantes ahondó tanto, que dio con el manantial poético que así, a ras de piel, no aparece en el terreno, francamente san chopancesco.<sup>6</sup>

Hace rato que quedó atrás Manzaneque, mirando embobado las cresterías rocosas que, en forma de abanico, van camino de Yébenes a internarse en los montes de Toledo.<sup>7</sup> Ahora, a lo lejos, diez o doce chimeneas industriales no cesan de escupir penachos blancos, que el cielo nuboso esfuma. Es que nos acercamos a Mora, el centro más activo de la región. El moracho, fuerte, frugal, trabajador y avaro, cuida la tierra como nadie, exporta su aceite al extranjero en cantidades enormes, se ríe del esfuerzo y del dolor, ahorra y avanza siempre. Mora es uno de los pueblos más importantes de la provincia de Toledo. Industrioso y democrático, sin lastre de leyendas heroicas ni pergaminos próceres, como sus vecinos los hidalgos de Orgaz y Yepes, no tiene otros cuarteles que los de olivos ni más trova que el azadón sobre el surco.<sup>8</sup>

Es muy probable, sin embargo, que esta preponderancia sea solo pasajera. Las energías de la generación anterior amenazan cuartearse. Ya tienen su buena plaza de toros, su teatrillo cupletero y hasta su calle de «Los catorce puntos de Wilson», muy cerca del casino, donde seguramente sestarán los verdaderos catorce puntos...<sup>9</sup>

<sup>4</sup> *Gretchen*, o Margarita, es el nombre de la amada del protagonista en el *Fausto* (1808-1832), tragedia de Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), un nombre, la de aquella, que se empleó a veces como referencia simbólica de la mujer joven alemana: blanca y delicada, de ojos azules y cabellos rubios. Aquí equivale sin más a 'rubia'. Con esta alusión, y con la mención de Heinrich *Heine* (1797-1856), célebre poeta *romántico* alemán, el autor sugiere una posible idealización del paisaje.

<sup>5</sup> *sabana*: llanura muy extensa.

<sup>6</sup> He aquí la primera de las menciones alegóricas del texto al *Quijote* de Cervantes. Aquí, la referencia a Sancho Panza a través del adjetivo (*sanchopancesco*) se funda en la interpretación de la obra según la cual los dos personajes principales representan la idealidad (*don Quijote*) y la realidad (*Sancho*).

<sup>7</sup> La *crestería* era propiamente la línea continua del coronamiento de una fortificación.

<sup>8</sup> Los *cuarteles* son, en heráldica, las divisiones de un escudo de armas; la *trova* es la poesía. Uno y otro término se ligan, respectivamente, a los anteriores *pergaminos próceres* ('títulos elevados') y *leyendas heroicas*.

<sup>9</sup> Se refiere, en contraste con la actividad laboral, a los espectáculos y al ocio en la villa. La *plaza de toros* había sido inaugurada cincuenta años antes, en 1876, y solía ofrecer corridas o novilladas en el Corpus, la fiesta de Santiago Apóstol y dos tardes de feria. El *teatrillo cupletero* podría ser tanto el Teatro Peña como el Teatro de Mora o Teatro Tapia, ambos en funcionamiento entonces, y hasta el Teatro Principal, inaugurado en la feria de 1926, aunque el diminutivo del texto no casa con el empaque del

Recorremos largas vías, sembradas de tienducas modestas, en las que todavía bulle la hormigueante actividad de los antiguos gremios. A pesar de ser Mora el centro olivarero del contorno, toda su expansión comercial conserva un viejo sabor de mercado. Y a nosotros nos encanta más esta chilaba moruna que el orgullo financiero de sus chimeneas industriales.<sup>10</sup>

Pero, sobre todo, el campo. El campo de Mora, denso, fuerte, sustancioso como el buen queso manchego. El ejército de Ceres, que en vez de arrasar vidas se dedica a crearlas, ha ocupado sus posiciones; ni un palmo de tierra queda por invadir.<sup>11</sup> Sobre las colinas, un destacamento de olivos alineados con matemática disciplina carga valientemente y toma la altura sin más pérdidas que tres o cuatro reclutas viejos, sin sombra de fruto, cuya asma les ha impedido escalar la cuesta.

Detrás avanza el grueso de la infantería: millares de espigas altas, compactas, engalanadas con su brillante uniforme, que tiene el color del oro... Y a trechos, donde la roca vence al cultivo y derrota al cereal, las vides alargan sus brazos y esconden bajo pomposa falda de pámpanos la dureza de una tierra que se niega a ser madre con la testarudez de una virgen repleta de prejuicios cristianos. El pagano hervor de las cepas ha logrado fecundar a estos restos de tierra agria esquinada y arisca que defiende su bravía doncellería. Y el resultado de tales refriegas se cotiza en los mercados con sólida pujanza: dos reales más la fanega de trigo, ofertas a sus aceites, que compran los italianos, y en cuanto al mosto —caldos recios de 18 grados—, allá va a enriquecer a franceses y bilbaínos, que saben elaborarlo. Todo ello, gracias a la bendición de Baco y a la cristiana testarudez de la roca, que concluye pecando alegremente, domeñada por el empuje anacreóntico de los verdes pámpanos...<sup>12</sup>

Ya se divisa la Venta de los Escándalos, hito fronterizo de Mora.<sup>13</sup> Desde aquí, durante veinte kilómetros planos y con una carretera casi recta, la tierra pertenece a Consuegra. Es el único sitio donde el azadón individualista de Mora detiene su marcha. El enemigo

---

nuevo coliseo moracho. En cuanto a la de *Wilson*, no era *calle*, sino plaza, concretamente la de San Antonio, antes de Panaderos, que en aquellos años veinte había tomado el nombre del presidente estadounidense Woodrow Wilson (1856-1924), y se situaba, en efecto, *muy cerca del Casino* de Mora, a propósito del cual hace el autor un intencionado juego de palabras en que entrelaza la alusión a las propuestas que Wilson había hecho a las potencias europeas en 1918 para detener la guerra y proceder a la reconstrucción del continente (conocidas como *los catorce puntos de Wilson*), con el número de personas poco fiables (*los verdaderos catorce puntos*) que se estarían en el citado casino.

<sup>10</sup> La mención de la *chilaba moruna* se sustenta sobre la etimología tradicional árabe del nombre de nuestra villa, a pesar de que, como anotamos en su día («En el nombre de Mora», *Breves*, núm. 1), sea esta manifiestamente errónea.

<sup>11</sup> *El ejército de Ceres*, que fundamenta la alegoría militar que sigue, sería el formado supuestamente por los labradores que invaden las tierras para cultivarlas. En la mitología romana, *Ceres* era la diosa de la agricultura y la fecundidad.

<sup>12</sup> La alusión de *Baco*, el dios del vino, se potencia con el adjetivo *anacreóntico*, que remite a Anacreonte, poeta lírico griego del siglo V a.C. y cantor de los placeres del amor y el vino.

<sup>13</sup> *La Venta de los Escándalos*, o más propiamente la Venta o las Ventas del Escándalo, al sur del río Algodor, fue una de las principales quinterías de Mora. Las Ventas «han sido más camineras, más de paso, por ello más escandalosas», anotan los hermanos Fernández Pombo, quienes señalan su carácter «genuinamente manchego, por ello cervantino, de nuestros campos» (Rafael y Alejandro Fernández Pombo, *La vida en Mora ayer y hoy*. Publicado ahora en [Homenaje, Mora, Ayuntamiento de Mora, 2014](#), p. 164). La Venta del Escándalo —me informa mi querido amigo Dionisio Díaz-Toledo Varela— tenía decenas de casas, y en la época de la aceituna reunía una numerosa y animada población de recolectores y jornaleros. Como las Casas de Algodor, las Casas de Yébenes y otras casas y casillas de esos parajes, fue derribada en los primeros años setenta cuando se construyó la presa de Finisterre.

le presenta batalla echando por delante muchos pares de mulas de labrantío. Hay que avanzar, pues, con cautela, agazapándose al acecho de un buen arriendo o de la hipoteca ocasional. Sin perjuicio de ensanchar sus predios cada año, rebañando la saneada hacienda del vecino, siempre que no le ofrezca una resistencia en bloque. Hoy es una dehesa en Almonacid; mañana, un olivar en Nambroca. Ya hace tiempo que devoró financieramente a los hidalgos de Orgaz; ahora dirige sus baterías sobre la meseta de Yepes. Por todo el contorno, el esfuerzo agrícola de Mora camina cosechando su rico botín; solo en esta carretera, frente al lejano Consuegra —producto natural de dos máximas terquedades históricas, la romana y la manchega—, Mora da media vuelta y se embosca decidida a esperar. La Venta de los Escándalos representa, por tanto, el armisticio entre esta Barcelona con chilaba y la moderna ciudad de Consuegra.

Entre tanto, la carretera que nos lleva camino del célebre pueblo —tan vieja ya y tan hinchada de vetustez heráldica al salir de Madridejos— se detiene a prudente distancia y da a luz numerosos anélidos grises y polvorientos, que luego de fraternizar un rato, probablemente para hablar mal de Consuegra, parten en dirección de los cuatro puntos cardinales, como buenos emigrantes españoles: el uno marcha a Tembleque, otro enfila Alcázar de San Juan, con rumbo a Criptana; el tercer anélido se mete en Puerto Lápiche, y, sintiéndose cervantista, da con su grava en el noble lugar de Argamasilla, cuna ejemplar de todas las academias que en el mundo han sido...<sup>14</sup>

Llevaremos recorridos unos quince kilómetros de gusanillo materno cuando hacen su aparición los primeros árboles en los flancos del camino; luego, un monte pelado, y en su cresta, el esqueleto fantasmagórico de un castillo admirable. Al pie, y sobre las laderas, repletas de sabandijas y de falsos cronicones, dos molinos de viento blanquean, erigidos como por un alarde de tramoya. Abajo, cobijada entre las aguas y el murallón del castillo, queda la novísima ciudad de Consuegra.<sup>15</sup> A la primera ojeada se adivina el ideario vecinal: tresillo, cocido y novena...<sup>16</sup>

Visto desde la carretera, es uno de los pueblos más decorativos que conocemos. Contamos nueve cúpulas de iglesias, amén de las espadañas y torres conventuales. Todos estos índices religiosos de afilado gesto, emergiendo de la masa gris y chata de viviendas lugareñas, causan tal impresión de poderío y dominio, que pensamos en aquellas plazas sitiadas por los tercios, donde las lanzas formaban su cerco de conquista en torno a los humildes burgos flamencos...

No hay tal cosa, ciertamente. La villa vive muy satisfecha. Desde el hidalgo con rosario y veinte pares de mulas al gañán con siete hijos y diez reales diarios, han consagrado su vida, su hacienda, su prole indeseable y el sudor de sus pegujales al Sagrado Corazón de Jesús. Pero, por si acaso, han encauzado el río, acordándose de la mala pasada que ya

<sup>14</sup> Porque de *Argamasilla* eran los académicos que celebran a don Quijote y Sancho en los versos burlescos que cierran la primera parte del *Quijote*. Las resonancias cervantinas de este pasaje comprenden también a Puerto Lápice o *Puerto Lápiche*, como trae el texto: «Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero» (Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico. Barcelona, Crítica, 1998. Parte 1.<sup>a</sup>, cap. 8, p. 96). En cuanto a la forma *Puerto Lápiche*, creemos que desusada en nuestros días, alternó con Puerto Lápice hasta bien entrado el siglo xx.

<sup>15</sup> Era *novísima ciudad* porque tal título le había sido otorgado por Alfonso XIII muy recientemente, en marzo de 1927, solo unos meses antes de nuestro texto (*Gaceta de Madrid*, CCLXVI, 90, 31-III-1927, tomo I, p. 1.911).

<sup>16</sup> El *tresillo* es un juego de naipes que jugaban tres personas.



les jugó una vez.<sup>17</sup> Consuegra es, ante todo, práctica. No hay que perder de vista que de aquí era Sebo, el famoso policía cuyas pícaras andanzas pueden seguirse en algunos Episodios de Galdós.<sup>18</sup> ¡Y con qué tino refleja el maestro la ética esencialmente realista de estas tierras manchegas y socarronas!

Tocan a vísperas las campanas, muchas campanas, todas las que hay en el pueblo; que Consuegra no quiere dejarlas enmohecer, como a sus molinos. Por la vereda tortuosa de un huerto desfila una larga hilera de frailes franciscanos. Más allá asoman las espaldas anchas, macizas, de otro convento de monjas. Una ermita; al fondo, dos iglesias parroquiales. Junto al atrio, varias religiosas disciplinan un grupo de chiquillas inquietas. Dos hermanos de la Doctrina Cristiana nos examinan, al pasar, con inquisitorial recelo...

Persignémonos antes de continuar adelante. «Con la Iglesia hemos topado, Sancho amigo...».<sup>19</sup>



[El Sol, XII, 3.313, 16-III-1928, p. 6](#)

9

Más adelante, en la misma serie, la estampa «Plegaria de la tierra llana» consagra una de sus partes a Orgaz, y en buena medida a Mora, y centra su contenido precisamente en el contraste de una y otra villa.<sup>20</sup> Tras el apartado inicial, dedicado a Ajofrín y focalizado en el maestro Jacinto Guerrero (1895-1951), uno de sus hijos más ilustres, escribe en la segunda parte:

Pasado Ajofrín, antes de entrar en Sonseca, empieza la tierra llana. Claro que decir llana es un acreditado tópico retórico; nada hay de auténtica planicie en estas altas mesetas manchegas. El terreno, horizontal visto de lejos, se encrespa en los regazos y se arru-

<sup>17</sup> *La mala pasada* fue la inundación que provocó el 11 de septiembre de 1891 el desbordamiento del Amarguillo, causando enormes destrozos materiales y acabando con la vida de 359 vecinos.

<sup>18</sup> En efecto, *Sebo* es personaje destacado en varios de los *Episodios Nacionales* galdosianos de la 4.<sup>a</sup> y la 5.<sup>a</sup> series. Pero no es *de aquí*, a diferencia de lo que escribe el autor. El dato, pues, debe ser considerado una licencia poética..., o un error.

<sup>19</sup> Una última referencia cervantina, como vemos, cierra la estampa. Se trata de una cita del *Quijote* que ha hecho fortuna para aludir al poder de la Iglesia y los eclesiásticos; pero hay que decir que el pasaje (parte 2.<sup>a</sup>, cap. 9) ha sido deformado por la tradición, tanto en la forma («Con la iglesia hemos dado, Sancho») como en el sentido, que debe entenderse —y así lo defienden los principales cervantistas— en su estricta literalidad, cuando don Quijote y su escudero descubren en la oscuridad de la noche la iglesia del lugar y no el palacio de Dulcinea.

<sup>20</sup> [El Sol, XIV, 4.156, 7-XII-1930, p. 3.](#)

ga en las hoyas. Hasta el Alto de Yébenes, la llanura, sarpullida por el oscuro borrón de los olivos, temblequea indecisa en el silencio anónimo de la «ancha y plana Castilla».<sup>21</sup>

«Para mí —suele decir el toledano clásico—, tanto monta Ajofrín como Sonseca». Y esto no puede pasar; es un verdadero insulto para dos pueblos que tienen su personalidad bien definida. Indeciso, estático, trascendiendo a fiambre, Toledo; pero Ajofrín y Sonseca, no. Labradero y agrómano hasta el tuétano, Ajofrín ha cedido a su vecina la hegemonía comercial. Sonseca profesa el dogma «Más vale onza de trato que arroba de trabajo». De Sonseca son las inteligencias más ágiles y emprendedoras de toda la provincia. Si algún mañana lejano Toledo da una dinastía de banqueros al estilo de los Rothschild alemanes, puede afirmarse sin vacilar que serán sonsecanos.<sup>22</sup> Un pueblo que ha inventado las célebres marquesitas y el auténtico mazapán lleva mucho adelantado para azucarar sólidamente los créditos y las finanzas.<sup>23</sup>

Pero hoy no podemos entrar en Sonseca, porque nos aguarda Orgaz, solar de viejos hidalgos, todos de linajudo abolengo. Pueblo lleno de prestigio para el artista, hace sonreír un poco socarronamente a los comarcanos. Mientras los de Orgaz cazan o toman el sol, como cumple a tan nobles caballeros, Mora y Sonseca, azadón en ristre —ventajas de no tener pergaminos—, se van metiendo en los fundos nobiliarios gracias a sus estuendos terruñeros, y hoy una oliva, mañana un pegujal, concluirán por anexionarse hasta los dólmenes emplazados a la vera del camino.<sup>24</sup> Dólmenes que desharán para plantar viñas y acrecentar la uvida; porque Mora, como Sonseca, tal vez no tenga sentido histórico; pero económico sí lo tiene, y muy desarrollado...

En Orgaz quedan restos de murallas y las ruinas del castillo donde vivió y murió aquel célebre conde de Orgaz, que, sin el pincel del Greco y los comentarios de Cossío, no pasara de ser el vulgar testador que deja un censo a la iglesia en la forma prosaica de un puñado de escudos y unas cuantas gallinas.<sup>25</sup> Quedan también retazos de perdidas gran-

<sup>21</sup> La cita pertenece a Ortega, quien en «De Madrid a Asturias o los dos paisajes» (1915), artículo luego recogido en *El espectador* (1916), había escrito: «Castilla es ancha y plana, como el pecho de un varón; otras tierras, en cambio, están hechas con valles angostos y redondos collados, como el pecho de una mujer» (José Ortega y Gasset, *Obras completas*, II, Madrid, Revista de Occidente, 1966, p. 255).

<sup>22</sup> La Casa *Rothschild*, fundada en Alemania a mediados del siglo XVIII, fue en sus inicios una modesta tienda de monedas de Fráncfort, que acabará dando lugar a una *dinastía de banqueros* que se extenderá, hasta nuestros días, por Alemania, Francia, Inglaterra, Austria, Italia y toda Europa.

<sup>23</sup> Exagera desde luego el autor en atribuir a Sonseca el invento del *auténtico mazapán*, pero no tanto en lo que concierne a las *célebres marquesitas*, término que si bien hoy percibimos en nuestras tierras como sustantivo común y genérico, es de hecho un nombre propio, que remite en primera instancia a las Marquesitas Alguacil, marca registrada desde 1924 y que aún se venden en la Confitería Alguacil (<https://bakeronline.es/es-es/alguacil-sonseca/info>). Por cierto, para la *Wikipedia* «las marquesitas son un postre originario del estado de Yucatán, México» (<https://es.wikipedia.org/wiki/Marquesitas>). Exclusivamente. Aviso para sonsecanos.

<sup>24</sup> *Fundos*: 'heredades, fincas'. *Terruñeros*: 'campesinos que trabajan la tierra'. *Pegujal*: 'pequeña porción de siembra o de ganado'. Sobre los *dólmenes* y otros importantísimos restos megalíticos de Orgaz, véase a Jesús Gómez Fernández-Cabrera, «Restos megalíticos», en <http://www.villadeorgaz.es/orgaz-patrimonio-restos-megaliticos-penas.htm>.

<sup>25</sup> En efecto, Gonzalo Ruiz de Toledo (¿1526?-1323), señor de Orgaz —aunque no conde aún, pues la creación del condado es muy posterior, de 1520—, dejó a su muerte una manda, que debían hacer efectiva los vecinos de Orgaz, «para el cura [de la iglesia de Santo Tomé de Toledo], ministros y pobres de la parroquia, dos carneros, ocho pares de gallinas, dos pellejos de vino, dos cargas de leña y 800 maravedís». El entierro de Ruiz de Toledo, envuelto en la leyenda, fue immortalizado por el Greco en 1587 en una de sus obras maestras, y estudiado por Manuel Bartolomé Cossío (1857-1935) en una monografía, *El entierro del conde de Orgaz*, publicada en 1914.

dezas: la iglesia monumental, las traíllas de galgos, los portones blasonados, y, sobre todo, los hidalgos sesteando en el casino, acodados en el prócer sillón de cuero cordobés, el cigarrillo al desgaire, y los muy activos, jugando al tresillo.

Orgaz es cabeza burocrática de partido, con gran disgusto de Mora, que en secreto tal vez le envidia esta primacía, sin perjuicio de sentir un profundo desdén por sus vecinos. Algo parecido a lo que ocurre entre Barcelona y Madrid, a quien en pequeño se asemejan bastante estos rivales. Si Mora, por su actividad, su espíritu industrial y su fondo trabajador y ahorrativo, recuerda algo a Barcelona, Orgaz, con sus empleados, escribanos, abogados, vagos, señoritos y hasta un cogollo de aristocracia, podría ser el Madrid de la provincia. Un rico de Mora es craso, rechoncho, de moruna pelambreira y cachazudo hablar. Posee por término medio diez o doce mil olivos y un par de fábricas modernas de aceites y jabón. Un rico de Orgaz es alto, enjuto y grave como el caballero de la mano al pecho.<sup>26</sup> Tiene unas piernas de zancuda, unas barbas heroicas, los mejores perros del contorno, una escopeta algo vieja, pero que no cambiaría por nada, y un escudo en su portón. En el casino moracho se habla de cotizaciones, de ventas, de escrituras o hipotecas. En el casino de Orgaz no se oye hablar más que de cacerías, de liebres, de perdices, de jabalíes. Y alguna vez, de Dulcinea...<sup>27</sup>

Y así está el problema espiritual. Orgaz, pese a su categoría administrativa, no puede —quizá no lo pretenda tampoco— dominar a Mora, como el mosquito no puede comerse al águila. Mora, por su parte, aunque sí lo pretende, no acaba tampoco de devorar a su presa: siente un vago respeto hacia el gesto señorial, vago e inútil, del histórico Orgaz. Es un problema de ajedrez humano en donde todas las partidas rematan en tablas; avanzan siempre los peones de Mora; mas no llegan a comerse la torre del cazador. Es cierto que el rico Camacho puede acabar con los últimos terrones de nuestro señor Don Quijote; pero no lo es menos que el Quijote orgaceño le amarga sus bodas a la industriosa y rica villa mientras conserve la fuerza de su lanzón curialesco y burocrático.<sup>28</sup> Acaso el pleito tenga feliz solución en la descendencia amalgamada, y todos saldrán ganando. La grasa económica de Mora se afinará, transformándose en cenceña.<sup>29</sup> El último hidalgo limpiará sus pergaminos de la roña usuraria de las hipotecas. Y hasta puede que se salve de alma y cuerpo relegando el rosario y cogiendo el azadón, pues según leímos en cierto documento del siglo XVII, unos frailes pleiteantes afirman que al que tiene un trozo de tierra le corresponde por derecho su correspondiente trozo de cielo...

Deja luego Orgaz el viajero, y desde el puerto de Yébenes contempla el panorama de la llanura:

A los costados lejanos se amoratan los montes de Toledo, erizados de rañas azules en la cumbre,<sup>30</sup> manchados en las laderas por pequeños corros blancos; son los pueblos. Polán, el de la noble estirpe; Cobisa y Noez, terruñeros de raza; Mora, con su castillo avi-

<sup>26</sup> *El caballero de la mano al pecho, o en el pecho*, de hacia 1580, es otra de las sobras maestras del Greco.

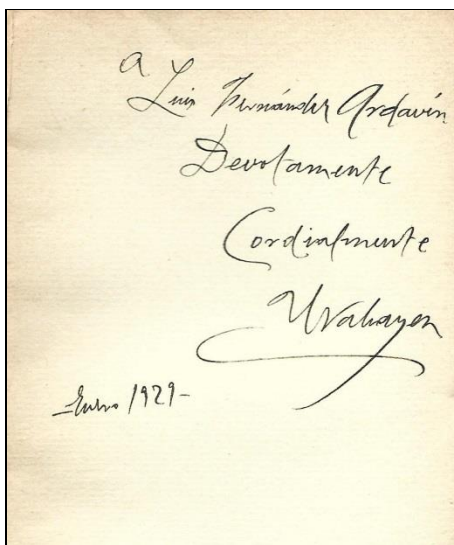
<sup>27</sup> De nuevo el autor abre la alegoría cervantina, como veremos inmediatamente, con la mención de *Dulcinea*, la inmortal amada imaginada de don Quijote.

<sup>28</sup> He aquí la referencia alegórica que anticipábamos. Tomando como base el episodio de las bodas de Camacho el rico, queda este asociado a Mora, y a Orgaz, don Quijote. *Curialesco*: 'cortesano, administrativo, oficinesco', encierra un sentido peyorativo.

<sup>29</sup> *cenceña*: 'enjuta, delgada'.

<sup>30</sup> *raña*: 'monte bajo', y, por extensión, los arbustos, matas o hierbas que lo pueblan.

zorante; Orgaz, cuna de hijosdalgos; Sonseca, Mazarambroz, y por último, Ajofrín, el que cobijó a Manrique, poeta bien castellano.<sup>31</sup>



Dedicatoria autógrafa de Félix Urabayen  
(Biblioteca de E. Gutiérrez)

## 6. Notas para un análisis

De la lectura de estos textos se desprende una constatación en cierto modo paradójica, como lo es el hecho de que Félix Urabayen no sea autor de una producción escrita extraordinaria, pero sí un escritor extraordinario. Nos explicamos. Ciertamente, su obra literaria carece de las proporciones y del eco de quienes son elegidos para la cima del Olimpo, pero ello es consecuencia en parte de la relativa brevedad de su obra, y, desde luego, del olvido y hasta el ninguneo a que se vio sometida en la posguerra la figura de quien había sido republicano declarado. Una brevedad, decíamos, que deriva precisamente de su exigencia artística, del cuidado exquisito del estilo con el que el autor cincela una prosa por momentos inolvidable.

Sobresale en estas estampas el cuidado de su forma, pero también la atención al contenido, aunando así, como antes indicábamos, lo periodístico y lo literario, lo informativo y lo creativo. Es algo que comprobamos cumplidamente al verificar su excelente conocimiento de Mora y de los morachos, propio de quien no habla de oídas. Su sobrino nos lo revela:

Lo que le gustaba era andar a pie, solo, llegar a algún pueblo de la extensa provincia de Toledo y conocerlo a fondo, recorriendo sus calles y campos, hablando con los lugareños, comparando lo que veía con lo que su gran cultura le recordaba del paraje. No le

<sup>31</sup> En efecto, Jorge Manrique (h.1440-1479), el gran poeta castellano, participó en el levantamiento de los nobles contra Enrique IV, y en 1470 derrotó en Ajofrín a don Juan de Palenzuela, partidario del rey.

importaba dormir en cualquier parte y comer lo que buenamente hubiera en la posada. Así llegaba a enterarse de los problemas del pueblo, saborear sus paisajes y entender a las gentes. Si encontraba algún medio de transporte, carro, mula o camioneta, lo aceptaba y seguía adelante. Cuando se cansaba hacía escala en el lugar más propicio y seguía después su camino.<sup>32</sup>

Recabada la información, se trataba luego de darle forma con palabras y con ideas, algo que Urabayen consigue con el talento del artista y la sabiduría del estudioso. Prestemos atención por un momento al tratamiento del paisaje y a su plasmación en el texto, uno de los ejes mayores de las estampas.

La pintura del paisaje en Urabayen está cargada, de arriba abajo, de simbolismo, de sugerencia, de evocaciones, de connotaciones. Una de las citas que encontramos en el texto como de pasada acaba proyectando luz sobre todo él: esa «ancha y plana Castilla», que toma de su maestro y amigo don José Ortega y Gasset, aparentemente no hace más que aplicar al territorio ese doble adjetivo obvio, pero por debajo circula, como señalábamos en nuestra nota, la dimensión simbólica de masculinidad que le confiere el propio Ortega, y por este camino corre la alegoría bélica, guerrera, que nos asalta a cada paso y que evoca y convoca ante el lector a don Antonio Machado y sus *Campos de Castilla*.

Lo mismo, desde el título, en esa «Plegaria de la tierra llana». Para el buen entendedor hay un paisaje patente y otro latente, como también se intuye desde el propio texto: «En todo el recocado paisaje de la Mancha Alta hay caudales inmensos de agua subterránea». Y agrega el autor que «basta ahondar un par de metros en cualquier parte para que surja un pozo», conectando así lo oculto, idealizado, quijotesco, con lo evidente, realista, sanchopancesco. El paisaje, pues, queda trascendido: la *tierra llana* aparece envuelta en erotismo, en guerra, en religiosidad, en literatura, en historia...

Una transcendencia punteada, no obstante, por el humor, en una pirueta que se explica también desde el propio texto: «¿Fue acaso hondura y no ironía la ocurrencia de Cervantes?». Y que, a la vez, lo explica. Por ejemplo, en diversos momentos de la descripción del paisaje:

...a buen seguro que con tales elementos y un poco de agua el romántico Heine habría visto surgir la cabellera maravillosa de una *gretchen* sirena.

...apenas si acertamos a relacionar en todo el camino los duros y pelados peñascos con la agria calva de un filósofo o de un zapatero de portal, testas en España homólogas...

...gracias a la bendición de Baco y a la cristiana testarudez de la roca, que concluye pecando alegremente, domeñada por el empuje anacreóntico de los verdes pámpanos...

...sobre las laderas, repletas de sabandijas y de falsos cronicos...

---

<sup>32</sup> Miguel Urabayen, *Los folletos en «El Sol»...*, pp. 27-28.

O en las alusiones al paisanaje, como en la ya anotada de «los catorce puntos de Wilson», entre otras como estas:

A la primera ojeada se adivina el ideario vecinal: tresillo, cocido y novena...

Un pueblo que ha inventado las célebres marquesitas y el auténtico mazapán lleva mucho adelantado para azucarar sólidamente los créditos y las finanzas.

...los hidalgos sesteando en el casino, acodados en el prócer sillón de cuero cordobés, el cigarrillo al desgaire, y los muy activos, jugando al tresillo.

Un recurso fundamental en la composición de nuestros textos es el de la oposición o antítesis, que orienta la referencia paisajística en «Hacia Consuegra; preludeo en la carretera...»:

Aquí la osamenta se encuentra desnuda; en el Norte está siempre engalanada con una piel juvenil, verdeazulada, cariciosa. Allí el trabajo del hombre apenas se aprecia en las huertas; aquí, la sabana entera y hasta algún trozo de roca aparecen arañosos con tenacidad de hormiga. Todo el romanticismo del campo vasco, siempre lloroso, melancólico y tristón, se ha hecho en Castilla vientre realista, duro, práctico, tenaz. Allí está el idilio; aquí, la fecundidad.

Y que abunda sobre todo en «Plegaria de la tierra llana» para oponer, primero, a Ajofrín frente Sonseca, y luego a Orgaz frente a Sonseca y Mora, y, sobre todo, a Orgaz frente a Mora:

Si Mora, por su actividad, su espíritu industrial y su fondo trabajador y ahorrativo, recuerda algo a Barcelona, Orgaz, con sus empleados, escribanos, abogados, vagos, señoritos y hasta un cogollo de aristocracia, podría ser el Madrid de la provincia.

Un rico de Mora es craso, rechoncho, de moruna pelambreira y cachazudo hablar [...]. Un rico de Orgaz es alto, enjuto y grave como el caballero de la mano al pecho.

En el casino moracho se habla de cotizaciones, de ventas, de escrituras o hipotecas. En el casino de Orgaz no se oye hablar más que de cacerías, de liebres, de perdices, de jabalíes.

Pero la figura literaria predominante en estos textos —y lo observamos al pasar en algunas de las muestras anteriores— es la adjetivación, uso que viene dado en parte por la abundancia descriptiva, pero al que no es ajena la naturaleza misma del autor, inclinado a la calificación, a la cualidad, al matiz. Y hay que decir que Urabayen emplea la adjetivación profusamente, pero nunca gratuitamente, y se revela como un auténtico maestro en la aplicación de este recurso. Desde el comienzo mismo: «Altas rocas, montañas diáfanos, verdes tierras de labor, armazones de castillos, ruinas olvidadas entre suave penumbra arbórea, caminitos que se pierden en la montuosa hondonada...». Y también a lo largo de los textos, de los que nos limitaremos a señalar unos cuantos casos:

En todo el recocado paisaje de la Mancha Alta hay caudales inmensos de agua subterránea.

El moracho, fuerte, frugal, trabajador y avaro...

Industrioso y democrático, sin lastre de leyendas heroicas ni pergaminos próceres...

El campo de Mora, denso, fuerte, sustancioso como el buen queso manchego.

...millares de espigas altas, compactas, engalanadas con su brillante uniforme...

El pagano hervor de las cepas ha logrado fecundar a estos restos de tierra agria esquinada y arisca que defiende su bravía doncellez.

Todos estos índices religiosos de afilado gesto, emergiendo de la masa gris y chata de viviendas lugareñas...

Indeciso, estático, trascendiendo a fiambre, Toledo [...]. Labradero y agrómano hasta el tuétano, Ajofrín.

...el Quijote orgaceño le amarga sus bodas a la industriosa y rica villa mientras conserva la fuerza de su lanzón curialesco y burocrático.

## 7. La visión de Mora

La visión de Mora que proyecta Félix Urabayen es profunda y atinada, y nos sitúa, ay, en el dulce tiempo de la prosperidad perdida.

Se inicia con la perspectiva del viajero que se acerca: «Ahora, a lo lejos, diez o doce chimeneas industriales no cesan de escupir penachos blancos, que el cielo nuboso esfuma». Es su llegada a «el centro más activo de la región», «industrioso y democrático», «uno de los pueblos más importantes de la provincia de Toledo». Y en seguida nos descubre a sus pobladores: «El moracho, fuerte, frugal, trabajador y avaro, cuida la tierra como nadie, exporta su aceite al extranjero en cantidades enormes, se ríe del esfuerzo y del dolor, ahorra y avanza siempre». Y con sagacidad detecta o adivina la decadencia en ciernes: «Es muy probable, sin embargo, que esta preponderancia sea solo pasajera. Las energías de la generación anterior amenazan cuartearse».

Pasea por sus calles, «sembradas de tienducas modestas, en las que todavía bulle la hormigueante actividad de los antiguos gremios», descubre que «su expansión comercial conserva un viejo sabor de mercado», y le atrae «más esta chilaba moruna que el orgullo financiero de sus chimeneas industriales». Y, sobre todo, el campo —«El campo de Mora, denso, fuerte, sustancioso como el buen queso manchego»—, que llega hasta la Venta de los Escándalos, «el único sitio donde el azadón individualista de Mora detiene su marcha». Aquí es donde «Mora da media vuelta y se embosca decidida a esperar», en un lugar que representa «el armisticio entre esta Barcelona con chilaba y la moderna ciudad de Consuegra».

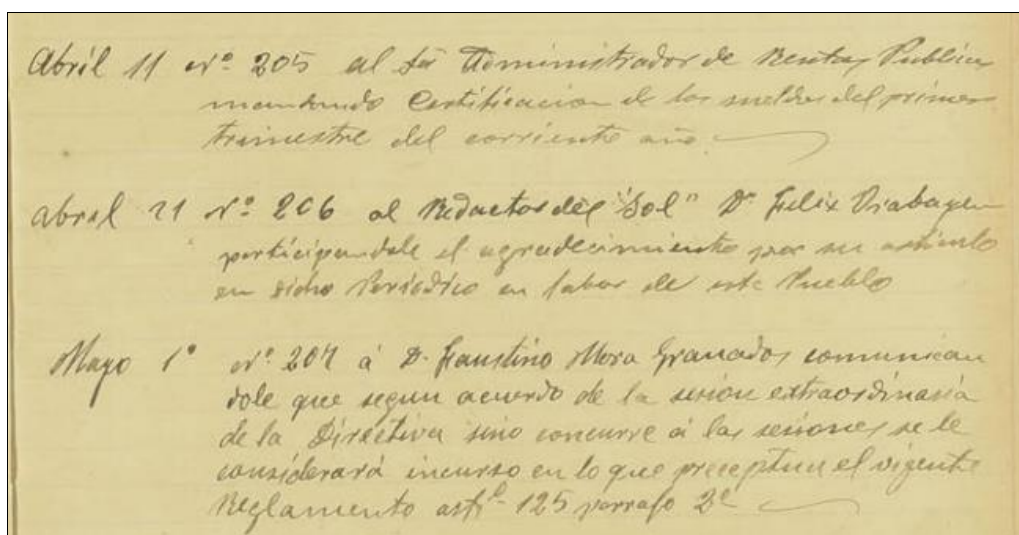
Cuando regresa, casi tres años después, es para caracterizar a Orgaz precisamente por oposición a Mora, en un pasaje que reiteraremos:

Orgaz es cabeza burocrática de partido, con gran disgusto de Mora, que en secreto tal vez le envidia esta primacía, sin perjuicio de sentir un profundo desdén por sus vecinos. Algo parecido a lo que ocurre entre Barcelona y Madrid, a quien en pequeño se asemejan bastante estos rivales. Si Mora, por su actividad, su espíritu industrial y su fondo trabajador y ahorrativo, recuerda algo a Barcelona, Orgaz, con sus empleados, escribanos, abogados, vagos, señoritos y hasta un cogollo de aristocracia, podría ser el Madrid de la provincia.

Pasa después a comparar al rico moracho con el rico orgaceño, para dictaminar que no parece posible que una villa se imponga a la otra. Y concluir:

Acaso el pleito tenga feliz solución en la descendencia amalgamada, y todos saldrán ganando. La grasa económica de Mora se afinará, transformándose en cenceña. El último hidalgo limpiará sus pergaminos de la roña usuraria de las hipotecas.

A raíz de la publicación de la primera de estas dos estampas, la Junta Directiva de la Protectora remitió a Félix Urabayen una carta de agradecimiento, carta que no se ha conservado, pero cuyo envío muestra que los morachos se sintieron complacidos con la visión que de la villa ofrecía el escritor navarro, pero a la vez sugiere una cercanía nacida de un contacto previo, el que sin duda se estableció cuando Urabayen visitó Mora y departió con unos y otros en los salones de la Sociedad Protectora Recreativa.



[Archivo de la Sociedad Protectora Recreativa, Libro de salidas](#)